

Crecer como mujeres. Ciudadanía rural en Veracruz*

Indagar sobre la manera en que se experimentan las diferencias de género en la práctica se vuelve urgente ante la evidencia de que enfrentamos a un mundo cada vez más polarizado, en el que se agudizan las desigualdades de todo tipo merced a las políticas globo-neoliberales que, al privatizar el mundo público, han generado una crisis tanto en la esfera pública como en la privada. Las asimetrías exacerbadas funcionan de manera fetichizada ya que el capital global opera bajo un disfraz racista y basado en el género, donde el racismo y el sexismo ocultan relaciones de poder transnacionales y clasistas. Una de las repercusiones inmediatas de esta situación para los sectores más vulnerables de la población es el escaso flujo del gasto público encaminado al sector social, el cual se ve reducido a tratar de impulsar estrategias de autoayuda, ante la contracción al mínimo de los programas gubernamentales que buscan afanosamente el adelgazamiento del Estado.

Un panorama como éste, en el que los Estados nacionales intentan desen-

tenderse de su responsabilidad pública, posee, asimismo, otra vertiente que abre un abanico de opciones participativas a los diferentes actores sociales en su interacción con las instancias de gobierno; participación que les permite desarrollar mecanismos y prácticas para involucrarse en la definición, ejecución y monitoreo de las políticas públicas, es decir, la llamada intervención ciudadana en el ejercicio del poder. El ideal de nuestros tiempos es, entonces, la democracia participativa.

Este ideal no deja de suscitar importantes consideraciones con respecto a la problemática de género. ¿Es la participación ciudadana el mejor vehículo para lograr condiciones más simétricas entre hombres y mujeres?, ¿es la participación femenina factor suficiente para obtener esta equidad?, ¿qué implicaciones y significados, cuáles costos y beneficios tiene para las mujeres el acceso a posiciones de liderazgo?

Para reflexionar sobre estas cuestiones, Estela Casados nos ofrece un texto que fue premiado con su publicación por haber sido la mejor tesis de posgrado de la Dirección de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, lo que

* Estela Casados González, *Crecer como mujeres. Ciudadanía rural en Veracruz*, UAM-X, México, 2003.

hace patente su calidad en el abordaje de la problemática de género con relación al acceso de las mujeres a la esfera pública en el estado de Veracruz, tema por demás relevante y muy poco trabajado.

Estela se apoya en tres categorías clave —género, poder y ciudadanía—, a través de las cuales va dibujando un contexto dominado por la diferenciación. Espacios, funciones, actividades, derechos y obligaciones, cualidades y calidades nos hablan de una jerarquización social donde ser hombre o ser mujer condiciona la experiencia de vida en su totalidad. Y es por ello que el ámbito doméstico, como territorio cercado donde transcurre la vida de las mujeres rurales, configura los intersticios donde surgió la posibilidad de acceder a una vida más activa políticamente. Curiosamente, son los escollos y carencias que impiden a las mujeres cumplir a cabalidad su papel de género en el maternaje y la reproducción de la esfera íntima, los que las mueven a la búsqueda de la fuerza de la colectividad en demanda de satisfactores privados.

Para quienes observamos de cerca la dramática situación del campo en México, las historias se repiten con apenas variación: Ixhuatlán del Café y Tetelzingo son un caso más que agregar al interminable inventario de comunidades que en plena agonía se empeñan en su subsistencia, a pesar de

los irresponsables vaticinios de su aniquilación de nuestro flamante secretario de Agricultura, Javier Usabiaga. Pero ésta es una lucha que está resultando costosa a las sociedades rurales, y particularmente al estado de Veracruz, en los últimos tiempos: aunque no inédito, el fenómeno de la migración internacional, al que los veracruzanos se han recientemente insertado de forma masiva, está involucrendo a más de 10% de la población total del estado que equivale a más de ochocientos mil personas.

¿Qué les queda, pues, a las mujeres sino defender con uñas y dientes su aliento vital? Ven partir a sus hombres echando su tristeza a la espalda y se multiplican, aumentan sus jornadas de trabajo, diversifican sus actividades y se las ingenian para procurar a los suyos el alimento diario, o parten también dejando atrás hijos y padres ancianos con la esperanza de labrarles a aquéllos un mejor futuro.

En el contexto de esta lucha cotidiana, Estela nos presenta la gestación y desarrollo de dos organizaciones de mujeres en el estado de Veracruz, una vinculada al movimiento cafetalero: las Mujeres Organizadas de la Región de Ixhuatlán del Café (Morix) y La Flor de Tetelzingo, que aglutina a un grupo surgido desde las Comunidades Eclesiales de Base. Ambas organizaciones impulsaron proyectos productivos que han brindado a sus inte-

grantes la posibilidad de traspasar los espacios meramente domésticos para involucrarse en la vida política de su localidad e inclusive para ocupar, en algunos casos, posiciones de liderazgo que han estado tradicionalmente cerradas a las mujeres rurales.

La primera es una organización de relativamente nueva creación que concentra a seis grupos de trabajo encargados de cinco tiendas de abasto y una tortillería, y que se ha mantenido a pesar de un entorno hostil, tanto por la oposición de la comunidad, que tachaba a sus integrantes de "alborotadoras del gallinero", como por dificultades logísticas, falta de experiencia, conflictos internos, analfabetismo y severas presiones familiares. Sin embargo, contaron con financiamiento y el apoyo de religiosos y de organizaciones no gubernamentales que les impartieron talleres de autorreflexión y capacitación para el trabajo. La agrupación les ha brindado la oportunidad de verse reflejadas unas en otras y de compartir problemas y logros, lo cual les ha permitido construir lazos de confianza y solidaridad que no hubieran hecho de haber continuado recluidas en el cerco doméstico.

La segunda, Morix, nace a principios de los años noventa, a través de la Unión General Obrera, Campesina y Popular (UGOCP), cuando se ponen en marcha microempresas comuni-

tarias integradas por mujeres (molino de nixtamal, tienda de abasto, tostadora de café), quienes pudieron desarrollar actividades extradomésticas que les permitieron generar ingresos y desarrollar espacios de crecimiento, no obstante las severas críticas de la comunidad. Algunas de estas mujeres contaban con la ventaja de haber participado en las fuertes movilizaciones de cafecultores de mediados de los años ochenta y en los actos de protesta en pro del establecimiento de un basurero en la localidad, aunque en ese momento no tuvieran cohesión grupal, ya que, como decía un dirigente de la UGOCP, había "viejas juntas, pero no organizadas".

Estela nos ofrece, en la propia voz de sus entrevistadas, la narración de los caminos recorridos, inicialmente con pasos vacilantes, temores, indecisiones y tropiezos, aunque paulatinamente fueron adquiriendo mayor seguridad hasta lograr que la red de tiendas de abasto funcionara lo bastante bien como para trascender la oposición de las familias y la hostilidad de las comunidades. El éxito de la empresa les ganó el respeto de sus anteriores detractores y el reconocimiento de sus capacidades, al grado que tres de ellas desempeñaron cargos en la dirigencia de la UGOCP y una fue regidora municipal, no sin haber tenido que hacer enormes esfuerzos y vencer una serie de oposiciones y

oportunistas. Y en este punto me detengo para que los lectores puedan disfrutar por sí mismos el largo y tortuoso aprendizaje que esto entrañó y las repercusiones que las propias mujeres consideran que ha tenido esta experiencia en sus vidas.

Hay otro punto sobre el que quisiera ahora detenerme brevemente, y que se refiere al potencial heurístico que tiene el trabajo de Estela, es decir, el ser éste un vehículo para la reflexión sobre un factor que es particularmente interesante: la posibilidad real que tienen las mujeres de trascender la subordinación y llegar a estadios más igualitarios, a eso que Elias llama "el cambiante equilibrio de poder" entre los géneros. Elias emplea esta noción para encarar los procesos de aceleración y desaceleración hacia la simetría intergenérica, que este autor atribuye a una tendencia civilizatoria de larga duración. Dos aspectos quiero destacar en este sentido: la violencia simbólica y la relación entre poder y autoridad.

Estela nos presenta una serie de obstáculos para la participación femenina en la esfera política debido a factores harto conocidos: su género, su dependencia física y exposición a la violencia sexual, su dependencia económica, su menor disponibilidad de tiempo para dedicarse a la vida política y que se traduce en un ejercicio desigual de la ciudadanía. Aunque

las mujeres hayan obtenido derechos ciudadanos e igualdad jurídica, se les considera incompetentes para el quehacer político.

Esta idea parece haber permeado incluso el discurso de organismos gubernamentales y no gubernamentales que trabajan para las mujeres. La autora denuncia el riesgo que se corre de crear una nueva forma de subordinación al vincular el discurso de desarrollo al de género, pues éste último tiene una percepción devaluada de la mujer rural, ya que considera a ésta como un ente pasivo sin tomar en cuenta la idea de desarrollo que poseen las propias mujeres. De esta manera, se provocan y perpetúan nuevos lazos de dependencia de las mujeres con respecto a los promotores de aquellos organismos.

La violencia simbólica, esa apreciación de inferioridad e incapacidad introyectada y aceptada por las propias afectadas, se ejerce a cada paso que dan las mujeres, obligándolas a luchar no sólo contra la oposición de maridos tachados de mandilones y poco hombres por dejar a sus "viejas andar de argüenderas" y de otras mujeres que condenan su "salida del huacal", sino incluso en contra de ellas mismas y sus culpabilidades por "desatender" el ámbito doméstico.

Estas percepciones se evidencian con mayor fuerza en el espacio público donde obstaculizan a las

mujeres en el desempeño de sus funciones. Generalmente, a las mujeres se les atribuye un actuar centrado en su entorno inmediato, ligado a la cotidianidad y a la esfera íntima, con poco interés en el bienestar social, lo cual se traduce no en negar la posibilidad de ejercer el poder, sino de ejercerlo con completa autoridad. Tales ideas se reflejan en una concepción claramente señalada por Estela, respecto a una cultura política femenina de tipo localista y parroquial, con intereses, valoraciones y prácticas centradas en microespacios.

Sin embargo, la autora también precisa que ésta es una concepción que puede ser aprovechada por las propias mujeres para promover cambios desde lo local a partir de su propia visión del desarrollo. El texto muestra cómo la participación activa de las mujeres es tolerada e, incluso, alentada en tanto se constituya en una extensión de sus funciones en el ámbito doméstico, y de ello habría que tomar ventaja, porque implica una toma de conciencia de su subordinación de género. Pareciera ser que en la actualidad asistimos a un momento en el que las luchas por lograr una mayor simetría entre los géneros se encuentran plenamente legitimadas. En esta coyuntura, el tema de los poderes femeninos resulta relevante. Si las mujeres pueden desarrollar espacios de poder poniendo en práctica sus alianzas y resistencias a

través del ejercicio de las funciones específicas que les delega la sociedad, al ser ellas las encargadas de reproducir no sólo los cuerpos de otros sino los esquemas culturales, su inclusión en la sociedad y en la política, como productoras de moral y de costumbres, las vincula con esferas e instituciones extradomésticas.

Mediante los títulos que ostentan como madres —reproductoras, responsables de la cohesión familiar—, las mujeres pueden desarrollar estrategias que, colectiva o individualmente, lleven en su seno los gérmenes del cambio. Ejemplos de ello son los casos que Estela nos ha presentado en su texto. Aunque muchas de estas manifestaciones no impliquen necesariamente el cuestionamiento de un orden dado, ponen en evidencia la participación activa y el protagonismo de las mujeres en la consecución de mejores condiciones materiales y su capacidad de transformación.

Este “cambiante equilibrio de poder” entre los géneros, en sus variantes de subordinación, resistencia, alianza y redes de solidaridad, debe ser estudiado en la dinámica que presentan sus modalidades concretas, ya que es en el ámbito local donde se manifiestan las continuidades marcadas por la tradición y los elementos que prefiguran las transformaciones. Y en esta dirección, uno más de los aciertos de *Crece como mujeres* es

presentarnos los aprendizajes y las satisfacciones que estas veracruzanas han obtenido en su deambular por los caminos de la gestión de lo que, a la lectura, más bien se antoja una épica.

Rosío Córdova Plaza
Instituto de Investigaciones
Histórico-Sociales,
Universidad Veracruzana